

12
mismo que sus símbolos lunares --la espiral, el caracol, la mujer, el pez-- son los emblemas de la fertilidad.

El Ángel del Apocalipsis le muestra a Juan «un río de Agua de Vida» y le señala también el árbol que crece junto a su orilla: el Árbol de la Vida. El cielo desciende a la tierra por medio del agua y la fecunda. El agua, como supremo don celeste, está guardada por sus dueñas, las ninfas, y administrada por la divinidad suprema, la Serpiente o el Dragón. El mismo Dios, en el Edén, emplea el agua --su saliva-- para moldear con arcilla la primera imagen del hombre, lo que indica, tal vez, que con sólo la tierra y su hálito, Jehová no hubiese podido *dar vida* al hombre. Como *agua lustral*, en las fuentes bautismales, el agua se convierte en el primer sacramento cristiano.

El «agua nueva», aquella que se utiliza por primera vez, tiene propiedades mágicas y medicinales, pues no sólo cura al enfermo sino que lo hace «nacer de nuevo», lo rejuvenece y le da vida eterna. Esta *agua de vida*, en los mitos, se asocia siempre a la Serpiente o al Dragón que guarda la fuente de donde mana. En el mito de Jasón, los grifos que custodian la fuente mágica piden ayuda a los dragones para que los intrusos no puedan apoderarse del Vellocoino de Oro que procura la inmortalidad. Heracles, cuando acuda al Jardín de las Hespérides, en el centro del reino de Plutón, también tendrá que matar previamente al dragón para apoderarse de las Manzanas de Oro de la inmortalidad que cultivan las «cuatro Ninfas del Ocaso».

En la tradición cristiana, pese a estar proscrita la figura del dragón, por su fácil asociación al diablo, a veces no obstante aparece de la forma más descarada, por ejemplo en el hermoso baptisterio de Ferrara, montando guardia frente a la *concha* de las aguas bautismales. El dragón mítico, por otra parte, con su apelativo de basilisco, da nombre también a la iglesia principal de cada diócesis: la basílica. «Os bautizo con el agua --augura el Bautismo--, pero aquel que es más fuerte que yo os bautizará por el Espíritu y por el Fuego.» El Fuego, como emblema del Espíritu, es a su vez el emblema del Dragón.

Juan sumerge la cabeza de Jesús en las aguas del Jordán. Jesús «muere» y, como recuerda san Pablo en su *Epístola a los Romanos*, el ahogamiento de Jesús en el río equivale a su sepultamiento en la roca y a su ulterior resurrección. La prescripción evangélica de dar de beber al sediento va más allá de su mero significado literal. Sediento es aquel